

tra santa Madre, mas no nos dijo lo que habia dicho; mas de que luégo por la mañana la vino á hablar y le dijo lo que habia visto, á lo cual respondió la Santa:—No lo crea, padre; ¿Jesucristo se le habia de aparecer á vuestra paternidad? No sería Jesucristo; mírelo bien.

15. Y él le dió muchas razones por donde entendia era el mismo Señor, y entónces le dijo la Santa:—Pues entienda, padre, que así como le parece á vuestra paternidad eso tan cierto, así se lo parece á los otros que se lo llegan á decir á vuestra paternidad.

16. Digo que le oí decir á la Santa, que habia escrito los cuatro libros que andan suyos, y los ví yo de su letra, y trasladé el de *Camino de perfeccion*; el de las *Fundaciones* comenzó en este convento de Salamanca, los cuales libros he oido decir han hecho mucho provecho en las almas; especialmente sé que un caballero estudiante, estando en esta ciudad y pasando por una librería, preguntó que ¿qué libros habia nuevos? y le respondieron que el de la madre *Teresa de Jesús*, y él dijo:—Dadle acá, que ya tengo noticia de esa buena mujer.

17. Llevólo y fué leyendo, y trocóle nuestro Señor de tal suerte, que delante dél todo lo que se hablaba habia de ser cosas de Dios: y dentro de pocos dias tomó el libro y se fué á hacer religioso de Santo Domingo, decia quél no queria otro libro para el año de su noviciado.

18. Esto nos contaron dos señoras, hermanas deste caballero.

19. Padecia muchos dolores de ordinario, y me acuerdo que le oí decir que habia treinta años que tenía cuartanas, aunque la dejaban algunos tiempos, pero que grandísimos dolores siempre los tenía, y que cuando éstos se le quitaban era cuando tenía otras cosas que hacer.

20. Preguntóle una vez una hermana á nuestra santa Madre, que cómo sería santa, y ella le dijo:—Hija, ahora iremos á una fundacion y allá se lo enseñaré.

21. Y como idas á ella se le ofreciesen muchos trabajos; y diciéndoselos la hermana, la Santa le respondió:—Hija, ¿pues no me decia la enseñase á ser santa? pues así lo ha de ser;—dándole á entender que en los trabajos padecidos por Dios está la santidad.

22. Preguntándole yo á la Santa que cómo el demonio la habia arrojado por las escaleras cuando se quebró el brazo, me dijo:—No sé, hermana, cómo fué, que yo ya estaba arriba.

23. Despues supe que venía del locutorio de tratar cosas, que á él le daban mucho que pensar, y que por aquello la habia arrojado.

24. Quedó de la dicha caída, aunque despues la curaron, manca toda su vida, que la habian de ayudar á vestir, porque no podia con aquel brazo.

NUMERO XCII.

Declaracion de la madre Guiomar del Sacramento, en las informaciones de Salamanca.

1. Digo, que tenían tanta eficacia las palabras de nuestra santa Madre, que con ellas solas consolaba á las almas afligidas y quitaba las tentaciones, como sucedió á dos religiosas que tenían cierta tentacion que las affigia mucho, y sin haber ellas dicho nada á la Santa, se les conoció, y se llegó á una y dijo:—¿Qué piensa, mi hija, que eso es algo? pues no es nada;—y luégo se sintió libre de la dicha tentacion.

2. Era muy humilde nuestra santa Madre; y así cualesquier palabras de propia estima de ella que dijeran, sentia mucho.

3. Oíle decir un dia que en esta ciudad de Salamanca no tendria muchas visitas, y dije yo:—Así nosotras gozaremos más de vuestra reverencia;—y ella dijo:—¿Y para qué me quieren?

4. Y diciéndole una religiosa unas palabras, que le daba á entender que tenía mucho amor de Dios, respondió con semblante muy mesurado:—Déjense de esas maneras de hablar.

5. Encontrándola otra religiosa en la huerta un dia que estaba rezando el rosario, le dijo:—¡Ay, Madre, qué abrazada debe de estar en el amor de Dios!

6. Y ella, luégo que la oyó, la reprendió ásperamente porque habia dicho semejantes palabras.

7. Llegándole á preguntar un dia que en qué tenía su oracion, me respondió:—En la voluntad de Dios.

8. Tambien oí decir al padre fray Domingo Bañez, tratando de los libros de la Santa, que excedian á los de Santa Catalina de Sena,

9. Tambien oí decir al padre Ripalda, de la Compañía de Jesús, un sermon, que no habia leído de ningun santo cosas más altas de oracion que las que escribió nuestra santa Madre.

10. Tambien decia el padre fray Diego de Yanguas, que cuando se queria recoger para decir misa, luego tomaba el brasero, que era el libro de la santa Madre *Teresa*, y se calentaba á él, que así llamaba á este libro.

11. Era nuestra santa Madre muy amiga de que no estuviesen sus religiosas ociosas; y así ella siempre trabajaba aunque estaba tan enferma, de tal manera, que aun cuando iba al locutorio á hablar con alguna persona, se llevaba allí su recado de hacer labor, y la hacía.

12. Tambien le oí decir que siendo priora en la Encarnacion de Avila, habia tenido un año entero calentura, y que todo él no habia estado en la cama ningun dia, ni habia faltado á ningun acto de comunidad, ni de acudir á los negocios que se ofrecian en aquella casa, que eran muchos.

NUMERO XCIII.

Declaracion de la madre Beatriz de la Encarnacion; en las informaciones de Salamanca.

1. Digo, que he oido decir, que los libros de nuestra santa Madre han hecho mucho fruto á muchas personas, haciéndoles dejar los caminos errados que seguian y caminar por el verdadero, como me sucedió á mí y á la madre Isabel de los Angeles, que fué á Francia á fundar, y es agora priora en el convento de Roan, y fué desta manera: Digo, pues, que estando nosotras muy fuera de ser religiosas, acertó á ir al lugar de Villacastin don Alonso Mejía de Tobar, mi primo se-

gundo, y me dijo si habia visto un libro de la santa Madre; y como le dijese que no, él tuvo tanto cuidado, que luego me lo envió.

2. Yo lo comencé á leer, más por curiosidad que por otra cosa, y á las primeras palabras senti tanta mudanza en mí, que me encerré en un aposento, porque nadie me viese, porque en un punto me vinieron tantas lágrimas, que parecia se me deshacia el corazon con un grande arrepentimiento de mi vida pasada, representándoseme con aquellos principios de la Santa algunas cosas particulares que Dios me habia hecho; y dábaseme esta tanta pena interiormente en llegando á leer, que lo dejé de hacer muchos dias; y en volviéndolo á tomar en las manos para el dicho efecto, me temblaba todo el cuerpo; y me duró esto por más de dos meses, sin que en ellos me atreviese á leer palabra; y cuando me ponía á leer otros libros de advertencia, escondia éste por no verlo.

3. Al fin quiso nuestro Señor que vencí esta contradicion, y me determiné de leerlo; en la cual lectura me dió nuestro Señor grandísimos deseos de ser monja de la Santa, y me resolví á ello; sólo sentia una grande dificultad, que era en dejar á mi hermana Isabel de los Angeles, á quien yo amaba y queria con excesivo amor, pareciéndome imposible el poderme apartar de ella.

4. Y en que la dicha mi hermana fué monja, habia grande dificultad, porque á la sazón estaba tratado de casarse con Diego Mejía, mi primo hermano, de quien se tenian grandes esperanzas que habia de valer mucho en el mundo; pero ordenólo Dios de manera, que habiendo leído ella tambien dicho libro, se determinó con muchas veras á ser religiosa, y esto sin haberle yo dicho cosa alguna de mis deseos.

5. Al fin la llamó Dios con tanta eficacia, que resolviéndose de dejar todas las cosas del mundo, determinó de darme cuenta de su determinacion, creyendo ser ella sola la que habia de gozar tan gran bien.

6. Y así, diciéndomelo, me le descubrí yo tambien, con que nos alegramos infinito y dimos mil gracias á nuestro Señor, por llamarnos á las dos á un estado tan santo y perfecto.

7. Y así concertadas, tomamos en un dia el hábito en este

convento de Salamanca, y en otro día profesamos juntas también.

8. Y sabiendo esto el dicho Diego Mejía, tomó también el hábito de la Compañía de Jesús, donde vivió con mucho nombre de varón santo; y me dijo después, que á él también le había movido á ser religioso la letura del dicho libro.

9. También sucedió á su hermano Francisco Marquez Mejía, que siendo de poca edad, y andando metido en unas aficiones harto dañosas para su alma, estaba determinado de salir de una casa una noche á sus entretenimientos, y acertó á tomar en la mano el libro de la santa Madre, el cual comenzó á leer, y se embebió tanto en ello, que ni aquella noche ni otras muchas no salió.

10. Y le hizo tanta operacion la dicha letura, que se confesó é hizo mucha mudanza en su vida y costumbres.

11. También oí decir al padre fray Domingo Bañez, que era tan grande el respeto y reverencia que tenía á nuestra santa Madre, considerando las grandes mercedes que nuestro Señor le hacía, que cuando se llegaba á confesarla estaba siempre temblando.

NUMERO XCIV.

Declaracion de don Antonio de Quiñones, conde de Luna, en las informaciones de Valladolid.

1. Digo, que he oído decir algunas veces á doña María de Guzman, natural de Avila, religiosa de la Orden de San Francisco, en la ciudad de Leon, que siendo ella moza y de buen parecer, deseó mucho una hermana suya que se hiciese religiosa en las Descalzas de San José de Avila, y para esto habló á la santa Madre, y le dijo que lo alcanzase de nuestro Señor; á lo cual la Santa respondió: — Dé gracias á Dios de que su hermana será monja después de casada, aunque no de nuestra Orden, y dos hijos que tendrá en el matrimonio serán religiosos.

2. Y fué todo así, porque se casó y tuvo un hijo que fué religioso de San Benito, y una hija que también fué monja.

NUMERO XCV.

Declaracion de la madre Ana de Jesus, en las informaciones de Salamanca.

1. Digo, que teniendo ella el libro de las *Fundaciones* antes de imprimirse, lo prestó en Madrid á un sucesor de la casa de Ferrara, que estaba allí por embajador de su duque, llamado Hércules, el cual, habiéndole tenido dos ó tres días el dicho libro, le movió tanto, que se resolvió á ser cartujo, y lo puso luego en práctica, yendo á dar cuenta de su embajada á Ferrara, y luego se volvió á Barcelona, donde tomó el hábito en la Cartuja, y se llamó don José de Ferrara.

2. Julian de Avila dice que le dijo un día la Santa cuando escribía: — Verá vuestra merced el fruto y provecho que ha de hacer esto que agora voy escribiendo después de muerta.

3. También dice que el escribir siempre era después de haber comulgado.

NUMERO XCVI.

Declaracion de la venerable Ana de San Bartolomé, compañera de Santa Teresa, acerca de los trabajos de ésta, en los últimos días de su vida.

1. «No es nada lo que pasó en Búrgos, que fué la postrera fundacion que hizo.

2. La pobreza fué tanta, que nos faltaba la comida y las cosas necesarias.

3. Un día, me acuerdo que estando con harta flaqueza la Santa, no tuve que la dar sino un poco de pan mojado en agua, porque había crecido tanto el río, que no nos podían socorrer los del lugar, ni nosotras enviar por nada que estaba la casa fuera del lugar y arrimada á una ribera, que creció

tanto el agua que se entró en la casa, y ella era vieja, y á cada ondeada del rio se estaba meneando, como que se iba á caer (1).

4. El aposento de nuestra Santa era tan pobre, que se veía la luz del cielo por el techo y las paredes todas hendidas, y hacía harto frio, que lo es muy grande en aquella ciudad.

5. Entrósenos el rio en la casa hasta los primeros suelos, y como estábamos en este peligro subimos el Santísimo Sacramento en lo alto de la casa, y á cada hora pensábamos ser anegadas y estábamos diciendo letanías, y desde las seis de la mañana hasta la media noche estuvimos en este peligro, sin comer ni sosegar, que todo lo que teníamos se había anegado.

6. Nuestra Santa estaba la más afligida del mundo, que se acababa de fundar la casa, y dejóla el Señor á solas, que no sabía si era bien nos estuviésemos quedas, ó salir, como hacen otras religiones en este tiempo.

7. Estábamos todas tan turbadas, que no nos acordamos de dar nada á nuestra Santa.

8. Ya muy tarde me dijo: — Hija, mira si no ha quedado un poco de pan: déme un bocado, que me siento muy flaca.

9. — Esto me partió el corazon, y hicimos entrar una novicia, que era fuerte, á sacar un pan de debajo del agua, que la daba á la cintura, y de aquello la dimos, que no habia otra cosa, y si no entráran unos nadadores pereciéramos; más parece que fueron ángeles de Dios, que no sabíamos cómo habían venido, y entraron debajo de la agua, y quebraron las puertas de la casa y empezó á salir la agua de las piezas; mas quedaron tan anegadas y llenas de piedras, que se sacaron más de ocho carros de lo que la agua había traído.

10. Andábase meneando la pieza de la Santa para caer.

11. Como he dicho, era tan pobre, que el sereno la mataba.

12. Yo tenía dos cubiertas en nuestra cama y la una colgaba de noche sobre ella y la otra por los lados de la cama, de manera, que ella no sentia que yo lo quitaba, que no lo sufriera.

(1) Fué la inundacion, día de la Ascension.

13. Yo de que se dormia me arrimaba á par de su cama y decíame la Santa: — ¿Cómo, hija, vienes tan presto?

14. Otras veces la dejaba durmiendo y me iba á lavar sus paños, que, como estaba enferma, tenía yo consuelo de darla limpio.

15. Era muy agradable á ella la limpieza.

16. Estábame muchas veces sin dormir, y no me hacia falta el sueño por darle contento. »

Concluye aquí el capítulo XXVI, y en el siguiente continúa otro fragmento de la relacion de la venerable Ana.

Después de decir el historiador, que en este viaje padeció grandes trabajos y la mortificó « Dios más que en todo el discurso de su vida, permitiendo para mayor suerte de su sierva, que algunas personas que la tenían mucha obligacion, y á quien ella, después de Dios, había dado el sér que tenían la hiciesen contradiccion y perdiesen el respeto », pasa á describir algunos de estos, copiando otro fragmento de la relacion, que dice así:

17. « A la mañana nos partimos (1), sin llevar ninguna cosa para el camino, y la Santa iba mala del mal de la muerte, y todo este día por el camino no pude hallar ninguna cosa para darla de comer; y una noche, estando en un pobre lugarcillo, no se halló cosa qué comer, y ella se halló con gran flaqueza, y díjome: — Hija, déme si tiene algo, que me desmayo; — y no tenía cosa sinó higos secos, y ella estaba con calentura.

18. Yo dí cuatro reales que me buscasen dos güevos, costasen lo que costasen.

19. Cuando ví que por dinero no se hallaba cosa, que me lo volvian, no podía mirar á la Santa sin llorar, que tenía el rostro medio muerto.

20. La afliccion que yo tuve en esta ocasion no la podré encarecer, que me parecia se me partia el corazon, y no hacia sinó llorar de verme en tal aprieto, que la veía morir, y no hallaba cosa para acudirle.

21. Y ella me dijo con una paciencia de un ángel: — No llores, hija; esto quiere Dios agora.

(1) De Medina del Campo.

22. Como se acercaba la hora de su dichoso tránsito, de todas maneras la ejercitaba el Señor, mas ella lo llevaba como siempre, como santa.

23. Yo padecía más, como ménos mortificada, que era menester que la Santa me consolase, y me decia que no habia de qué tener pena, que ella estaba contenta con un higo que habia comido.»

En el capítulo siguiente, que es el primero del libro III, página 395, dice al hablar de su muerte y de la gloria que vió la esperaba:

24. «Estuvo un Credo esta vista gloriosísima que tuvo tiempo de mudar mi pena y sentimiento en una grande resignacion y pedir perdon al Señor y decirle:—Señor, si Vuestra Majestad me la quisiera dejar para mi consuelo, no lo deseara agora, que he visto su gloria, y ansí os pido que no me la dejéis un momento acá,—y con esto espiró esta dichosa alma y fué á gozar de Dios, como una paloma.

Como la Santa me queria tanto, yo la habia pedido me consolase y pidiese al Señor me diese libertad de no estar atada á nádie.

25. Yo de mi natural era amorosa, y la queria más de lo que se puede querer, y á otras religiosas que yo veia con perfeccion, y la Santa las queria, yo las queria bien.

26. Y algunas veces la Santa me decia que no era bueno para mi alma este asimiento con las amigas, que le quitase para bien de mi alma; mas hasta la hora que Dios la llevó no se me habia quitado.

27. Ella me lo alcanzó porque desde entónces he sido libre y desasida, y me parece que tengo más amor á las que amo sin lesion (será *elesion* ó *eleccion*) de amor propio, y lo demás es como si yo fuese sola en el mundo, que á todas las amo en Dios y por Dios.

28. Y quedé con un ánimo fuerte para acomodar su santo cuerpo, como lo hice, como si no me tocara su muerte.

NUMERO XCVII.

El ilustrísimo señor don Alonso Manrique, arzobispo de Búrgos. En las informaciones de allí.

1. Depone: «Que siempre que leia sus obras ó algun papel suyo, los leia con el respeto y reverencia que se debe á escritos en que el Espíritu Santo puso toda la suficiencia en su autor, como si fueran obras de San Bernardo,» etc.

2. Añadiendo que Clemente VIII la llamaba *la santa Madre*, y lo mismo los cardenales.

NUMERO XCVIII.

El ilustrísimo y reverendísimo señor don Juan Francisco Bordonio, de la Congregacion del Oratorio en Roma, arzobispo y vicelegado del Papa Clemente VIII en Aviñon, escribió así á Su Santidad.

1. Entre las varias y muchas obras espirituales, que en nuestra edad ha producido y sacado á luz España, llegaron á mis manos las de la madre *Teresa de Jesús*.

2. En las cuales hallé un tal tesoro de sabiduría divina, que juzgué sería de gran provecho al mundo traducirlas (en italiano) teniendo por cosa cierta haber salido á luz estas obras en nuestros tiempos por particular providencia del Espíritu Santo, para que el fuego de la caridad, en muchos ya muerto, y en algunos por la falta de luz amortiguado, se encienda con la lectura de estos libros.